

## *La Asociación Artístico Industrial Balderas López y Villanueva: una asociación moderna para los artesanos de la Ciudad de México, 1870*

*The Balderas López y Villanueva Artistic Industry Association: a modern association for the artisans of Mexico City, 1870*

Ivonne Perea Saavedra\*  
Universidad Autónoma Metropolitana,  
Unidad Iztapalapa

**Resumen:** *Este artículo estudia la Asociación Artístico Industrial Balderas López y Villanueva, una sociedad conformada por un grupo de artesanos de la Ciudad de México a mediados del siglo XIX y muy poco estudiada por la historiografía del trabajo. El objetivo principal de este texto es reconstruir una parte de la historia de esta sociedad, es decir, su composición social, las actividades educativas y la producción editorial en la década de 1870, con la finalidad de reflexionar sobre la idea de una transición lineal entre gremios y mutualismo, mostrando que existieron organizaciones intermedias que combinaron prácticas corporativas, el aprendizaje del oficio, la sociabilidad artesanal, las relaciones políticas con el Estado y la producción editorial. Este estudio se apoya principalmente en documentos de archivo y en la hemerografía de la época; en particular, se analizan los semanarios publicados por la Sociedad Artística.*

**Palabras clave:** *artesanos, mutualismo, sociabilidad, sociedades artesanas, sociedad artístico industrial.*

**Abstract:** *This article examines the Balderas López y Villanueva Artistic-Industrial Association, a society formed by a group of artisans in Mexico City in the mid-nineteenth century that has received little attention in labor historiography. The main objective is to reconstruct a part of this society's history—specifically, its social composition, educational activities, and publishing output in the 1870s—to reflect on the notion of a linear transition from guilds to mutual aid, demonstrating that intermediate organizations existed that combined guild practices, apprenticeship, artisanal social life, political relations with the state, and publishing. This study relies primarily on archival documents and contemporary periodical sources; in particular, it analyzes the weekly journals published by the Artistic Society.*

**Keywords:** *artisans, mutualism, sociability, craft societies, artistic industrial society.*

\*ivonnepersa@gmail.com

## INTRODUCCIÓN

A mitad del siglo XIX, los artesanos de la Ciudad de México vivían en constante tensión debido a las políticas liberales que fomentaban la liberación del mercado y del trabajo, lo que afectó sus condiciones de vida y de trabajo, llevándolos a experimentar situaciones de inestabilidad laboral, desempleo, e incluso a emplearse en actividades ajenas a los oficios artesanales.<sup>1</sup> En ese contexto, las antiguas formas de organización gremial de los sectores artesanales comenzaron a perder la importancia social que tenían en la sociedad novohispana; además, rompieron el vínculo político y económico que, por años, había unido al gremio con el ayuntamiento para el abastecimiento de la población mexicana (Pérez 2005, 57), por lo que quedaron desprotegidos por la falta de una institución que se ocupara de sus asuntos. Fueron dejados al libre juego del mercado.

En ese contexto, el artesanado urbano tuvo que adecuar sus prácticas asociativas a las nuevas formas de organización bajo los modelos de cooperativistas y mutualistas.<sup>2</sup> Las segundas proliferaron

más en el centro del país (Amaro y Rivas 2015, 218). Como sabemos, las mutuales eran asociaciones voluntarias formadas entre hombres libres, sin restricción de oficio u ocupación. Se caracterizaron por fomentar la práctica del ahorro y la creación de un fondo común para socorrer a sus integrantes en caso de necesidad, como desempleo, enfermedad o muerte. Al interior de este tipo de organización, sus integrantes reprodujeron algunas prácticas democráticas, como la elección de sus representantes (presidente y secretarios) a través del voto, y se buscó que tuvieran los mismos derechos sin reproducir las jerarquías laborales que habían estructurado el mundo laboral en el pasado: aprendiz, oficial y maestro.

Otros elementos que definieron a la asociación moderna en esa época son que eran de carácter civil y carecían de poder colectivo, lo que significa que tenían prohibido tratar de temas políticos y religiosos entre sus integrantes. Esta limitación estuvo presente desde su nacimiento y fue asentada en los reglamentos de las sociedades, que se formalizaron ante las autoridades

<sup>1</sup> En las últimas décadas, se ha escrito una abundante historiografía sobre las experiencias organizativas del artesanado en México y en Latinoamérica. Para los fines de este artículo, se han consultado los siguientes estudios: Amaro y Rivas (2015), Illades (1996), Pérez (2005), Teitelbaum (2011) y Teitelbaum y Gutiérrez (2006).

<sup>2</sup> El sistema cooperativista se caracterizó por generar renta o utilidad del dinero muerto del fondo de las mutualistas, y por producir mayores beneficios a los afiliados. En cambio, las sociedades mutualistas sólo prestaban auxilio a sus miembros y fomentaban el ahorro común entre ellos. Parece que, en la Ciudad de México, proliferaron más las mutualistas, pero en otras partes del país, como Zacatecas, existieron al menos tres tipos de cooperativas: consumo, crédito y de producción, así como organizaciones que entremezclaron los dos sistemas, probablemente, con el objetivo de conseguir mayores beneficios para sus miembros (Amaro y Rivas 2015, 218).

capitalinas a mitad del siglo XIX. En suma, la nueva fórmula para la unión y la organización formal de los trabajadores mexicanos reproducía la estructura y los preceptos liberales.

Por la historiografía del trabajo en México en el siglo XIX, sabemos que, por la década de 1840, comenzaron a surgir las primeras experiencias organizativas en las que intervinieron los artesanos, después del embate y del deterioro de los gremios de 1813 (Pérez 2011, 218). Éste fue el caso de la Junta de Fomento de Artesanos y la Sociedad Mexicana Protectora de Artes y Oficios, que se formaron en la ciudad por esos años. Por sus propios órganos de prensa —que fueron el *Semanario Artístico* y *El Aprendiz*, respectivamente—, se sabe que la primera organización fue creada por decreto del entonces presidente Antonio López de Santa Anna, con la finalidad de proteger a los artesanos mexicanos del país y fomentar el adelanto y el perfeccionamiento de las producciones artísticas. Al frente de ella estaría una junta directiva encargada de informar al gobierno de los adelantos y del perfeccionamiento de las obras manufacturadas en esa organización (*Semanario Artístico para la educación y fomento de los artesanos de la República* 1844, 7). Consciente o inconscientemente, desde su nacimiento, la Junta estuvo de acuerdo con la protección del poder público, y éste se vinculó a la agrupación

revisando los productos que aquellos elaboraban; un vínculo muy parecido al que había unido en el pasado a la municipalidad y a los gremios (Pérez 2005, 122).

El caso de la Sociedad Mexicana Protectora de Artes y Oficios también es interesante porque representa la segunda postura que adoptaron los artesanos de la capital al momento de formar sus propias organizaciones por aquella década, que fue la no intervención del gobierno en los asuntos de la clase trabajadora (Bracho 1990, 129). Asimismo, una de las particularidades de esta sociedad es que planteó usar los recursos económicos del fondo común para invertirlos en el sector productivo, superando la idea que tenía la mutualista de la época de usar ese dinero sólo para socorrer a los artesanos en desgracia (Pérez 2011, 227). Posiblemente esta organización fue de las que combinaron el sistema cooperativo y el mutualista en su vida asociativa, como sucedió entre algunas organizaciones de artesanos zacatecanos a finales del siglo XIX (Amaro y Rivas 2015, 218).

El estudio de la Junta de Artesanos y la Sociedad Mexicana ha sido clave para avanzar en la comprensión de las generalidades de las asociaciones que se formaron en el centro del país antes del restablecimiento del gobierno liberal (1867). Así, se sabe que éstas dejaron trazadas las principales líneas para las agrupaciones formadas en las décadas

siguientes, como: ahorro, integración de los trabajadores entre sí, apoyo a la educación, fomento a la calificación del trabajo y elevación de la calidad moral de sus miembros (Illades 1996, 109). También el estudio de estos casos ha puesto la atención sobre las particularidades que los distinguen y sobre el proyecto que cada organización planteó para el bienestar de los sectores artesanales por ese siglo.

Bajo esta óptica, se pueden observar las propuestas de las pocas organizaciones artesanas capitalinas para las que se tiene noticia en la segunda mitad del siglo XIX, por ejemplo: la Gran Familia de Artesanos (1861), que, además de recuperar los fines clásicos de las mutuales, se planteó como uno de sus objetivos promover el reparto de viviendas entre sus miembros (Teitelbaum 2013, 51). Por otra parte, está el caso del Gran Círculo de Obreros de México (1872), que pretendía aglutinar a la mayoría de las asociaciones laborales (Orduña 2024, 121); modelo que antes ya había propuesto la Asociación Artístico Industrial Balderas López y Villanueva (SAI), pero que no logró materializar porque hubo escisiones entre sus integrantes (*El Obrero Internacional* 1874d, 2-3).

La consulta de un grupo de semanarios producidos por la SAI en la década de 1870 me permitió acercarme a esta asociación capitalina, que se formó entre los años de 1850 y 1860

aproximadamente. Uno de los aspectos que llamó mi atención sobre ella es que no ha pasado inadvertida para la historiografía del trabajo, aun cuando su historia se halla dispersa en breves menciones sobre su existencia (Sosenski 2007, 73). Es cierto que los historiadores no han podido establecer su fecha fundacional, ni tampoco definir los objetivos que motivaron el nacimiento de la agrupación, pero la han situado como una orientada a la educación para el trabajo, y se piensa que pudo integrar una de las juntas artísticas menores adscritas a la Junta de Fomento de Artesanos (Illades 1996, 89). Se puede debatir que la Sociedad tuvo una vida efímera y que todavía no está claro el papel que ésta jugó en el proceso de reorganización del artesanado capitalino para la segunda mitad del siglo XIX; lo cierto es que el análisis desde la experiencia de esta asociación permite observar las tensiones, continuidades y transformaciones que acompañaron el tránsito de la vida organizativa del artesanado en la Ciudad de México en esos años, y por eso vale la pena estudiarla.

Así, este artículo propone el estudio de la Sociedad Artística durante la década de 1870, porque es cuando hay más testimonios sobre su existencia, sus actividades y sus principales intereses. No busco aportar nuevos datos sobre la fecha fundacional de la asociación, pues la consulta hecha a un cuerpo documental diverso no aporta una fecha exacta. En

este trabajo interesa demostrar que la transición de gremios a mutualistas no fue lineal y que éstas no rompieron totalmente con el pasado corporativo, sino que existieron organizaciones intermedias que combinaron prácticas corporativas, el aprendizaje de un oficio, la sociabilidad artesanal, la producción editorial y las relaciones políticas. En este sentido, el caso de la Sociedad Artístico Industrial contribuye a comprender la diversidad de formas organizativas del artesanado en el siglo XIX y la complejidad del proceso de reorganización del mundo del trabajo en la Ciudad de México durante el restablecimiento del gobierno liberal.

El estudio se apoya principalmente en los semanarios publicados por la Sociedad Artístico Industrial —como *Lecturas para el Pueblo* (1870), *El Obrero del Porvenir. Semanario para la niñez desvalida* (1870) y *El Obrero Internacional* (1874)—, que permiten reconstruir la composición social de la asociación, sus actividades educativas, su producción editorial y sus vínculos con el poder político. Asimismo, se consultaron documentos del Archivo Histórico de la Ciudad de México (en adelante AHCM) relacionados con subvenciones, donaciones y solicitudes realizadas por la SAI en la época de interés, lo que permitió reconstruir su relación con el ayuntamiento y el

gobierno federal. Estas fuentes se complementaron con la literatura especializada sobre mutualismo, artesanado y sociabilidad entre artesanos en el siglo XIX, con el objetivo de situar el caso de la Sociedad Artístico Industrial en los debates historiográficos sobre la transición del sistema gremial a las asociaciones modernas de trabajadores.<sup>3</sup>

La organización del artículo se hizo en torno a estos ejes de análisis: primero, se reconstruye una parte de la historia de la Sociedad Artístico Industrial; después, se analiza su composición (integrantes) como evidencia de la transformación de las organizaciones artesanales, y finalmente, se examina el papel de su sede y su actividad editorial como espacios de sociabilidad, educación y trabajo.

## **APUNTES SOBRE LA HISTORIA DE LA SOCIEDAD ARTÍSTICO INDUSTRIAL (SAI)**

Aunque reaparece una y otra vez en la historiografía del movimiento obrero y en la historia del trabajo escrita en las últimas décadas en el país, todavía no se ha podido precisar la fecha fundacional de la Sociedad Artístico Industrial (SAI) porque, primero, se desconocen sus documentos fundacionales (Illades 1996, 89); segundo, porque la SAI dejó de funcionar por unos años, y apareció después con otros nombres como Conservatorio Artístico Industrial y,

<sup>3</sup> Para los fines de esta investigación, se revisaron los trabajos de García (1986), Hart (1980), Illades (1996), Orduña (2024), Sosenski (2007) y Valadés (1984).

finalmente, como Sociedad Artístico Industrial Balderas López y Villanueva (Sosenski 2007, 73). Por estos mismos estudios, sabemos que, en la década de 1860, ya había en la capital una sociedad conocida como la Sociedad Artístico Industrial.

Este dato coincide con uno de los enfrentamientos que hubo entre los miembros de la SAI con el regreso de Epifanio Romero a la Ciudad de México en 1867, tras el triunfo de la República sobre el Imperio de Maximiliano. Se sabe que, en 1868, al interior de la asociación, se formaron dos grupos que buscaron hacerse del poder de la organización y llevarla por caminos distintos. El primero de ellos, integrado por Epifanio Romero y Juan Cano —los primeros fundadores de la SAI—, buscó el apoyo político y financiero del gobierno liberal. El segundo estaba integrado por los llamados socialistas Santiago Villanueva y Hermenegildo Villavicencio, quienes supuestamente rechazaron la protección del entonces presidente Benito Juárez en la organización de la clase trabajadora. Sus diferencias causaron la escisión entre los pocos elementos que se agrupaban en ella (Valadés 1984, 42-43).

Tras ese conflicto entre los integrantes de esa organización es cuando se tienen datos empíricos sobre la existencia de una asociación llamada la Sociedad Artístico Industrial Balderas López y Villanueva en

el centro del país. Por lo que es posible pensar que esta sociedad pudo ser una extensión de la que nació en la misma capital en la década de 1860. Esta idea se puede sostener con la lista de integrantes de 1868, cuando la Sociedad Artístico Industrial Balderas reportó 141 miembros; entre ellos figura Juan Cano (AHCM 1868) y, años más tarde (en 1874), se registra como socio industrial Epifanio Romero (*El Obrero Internacional* 1874a, 2).

En la consulta del cuerpo documental revisado para este artículo, incluidas las actas de Cabildo y la hemerografía de la asociación, la Sociedad Artístico Industrial aparece con los apellidos que la identificaron en la década de 1870. Esto sugiere que la incorporación de los nombres Balderas, López y Villanueva pudo ocurrir en una etapa posterior a los años sesenta del siglo XIX, probablemente como una forma de homenajear a personajes vinculadas con la asociación o con la promoción de la educación y del trabajo artesanal. La adopción de nombres propios en asociaciones de trabajadores no fue extraña en ese siglo, pues funcionaba como una forma de reconocimiento político o memoria institucional. Sin embargo, todavía es necesario profundizar en la identificación de estos personajes y en el momento preciso en el que la asociación adoptó oficialmente esta denominación.

En cambio, gracias a tres de los cinco semanarios que sirvieron a la Sociedad Artística como órganos de prensa — *Lecturas para el Pueblo* (1870), *El Artífice* (1873), *El Obrero de Tacubaya* (1874), *El Obrero Internacional* (1874) y *El Obrero del Porvenir. Semanario para la niñez desvalida* (1870), que elaboró en conjunto con la Compañía Lancasteriana—, se ha podido obtener más información sobre sus integrantes y los estrechos vínculos que éstos tuvieron con los poderes públicos, así como sobre las actividades que la Sociedad realizó en su sede en beneficio de los sectores artesanales en la década de 1870. A continuación, se presentan en ese orden.

#### **LA SAI, SUS MIEMBROS Y LA TRANSFORMACIÓN DE LAS ASOCIACIONES ARTESANALES**

Como ya lo ha señalado la historiografía del trabajo y del movimiento obrero, la SAI se formó por la voluntad de un grupo de artesanos de la Ciudad de México; éstos eran grabadores, pintores y escultores, además del sastre Epifanio Romero y del ebanistero Juan Cano (García 1986; Hart 1980; Valadés 1984). Para el año 1868, los integrantes de la SAI habían aumentado significativamente. Por una reunión que la sociedad tuvo en noviembre de ese año, sabemos que, para ese momento, contaba con 141 miembros, aproximadamente, ocupados en diversos oficios. Para 1874, la composición de la asociación se había

diversificado y estaba compuesta por dos tipos de socios: los protectores y los industriales.

Entre los socios protectores estuvieron destacados políticos e intelectuales liberales. Por ejemplo, en ese año, formaban parte de la SAI: Sebastián Lerdo de Tejada, Francisco Mejía y Luis F. Muñoz Ledo (*El Obrero Internacional* 1874a, 2). Los dos últimos personajes habían ocupado la presidencia de la asociación en diferentes periodos. Luis F. Muñoz Ledo lo hizo entre 1869 y 1870, y Francisco Mejía, de 1871 a 1872. En ese año, Mejía era ministro de Hacienda del gobierno de Sebastián Lerdo de Tejada, y Muñoz Ledo, regidor del Ayuntamiento de la Ciudad de México (Orduña 2024, 120).

Los socios industriales de la SAI se ocupaban en diversos oficios, como sastres, tipógrafos, carpinteros, zapateros, panaderos, herreros y talabarteros. Entre ellos estaba Juan Cano, quien contó con el reconocimiento de los sectores artesanales porque, en 1850, se unió a un grupo de carroceros para la quema de coches extranjeros. Cano también participó en la fundación de la *Gran Familia Artística* (1861) y estuvo entre los artesanos que solicitaron al gobierno la donación de un edificio para establecer talleres. Participación que, en enero de 1868, se hizo notar todavía más, porque tomó el espacio público de la prensa para reclamar al gobierno de Benito Juárez la protección para las asociaciones de

artesanos y exigió el edificio que se les había prometido para el desarrollo de sus proyectos (*El Ferrocarril* 1868, 2). Tal era la importancia de este artesano entre sus pares que, a sus 43 años, *El Socialista* le abrió un espacio en sus páginas para publicar su biografía (*El Socialista* 1872, 1-2).

También fueron socios: Ventura Carvajal (armero), quien fuera prosecretario del Gran Círculo de Obreros de México (GCOM) (*El Nivel. Periódico Político, de Ciencias, Literatura, Teatros y Avisos* 1875b, 2); Silvestre Olguín, quien fuera regidor del Ayuntamiento de la Ciudad de México en 1874 y a quien, en 1875, la prensa capitalina distinguió como un “honrado ciudadano” por prestar ayuda a los habitantes de la capital;<sup>4</sup> Domingo García y Picazo (carpintero), secretario de la sociedad de carpinteros que se formó por la época, y Epifanio Orozco (tipógrafo), el encargado de la tipografía donde se imprimió el periódico *El Obrero. Órgano Oficial de la Sociedad Mutua del Ramo de Sombrerería* (1872, 3).

Asimismo, fueron socios Carlos Larrea, editor y administrador de la publicación *La Comuna*, además de redactor de *La Revista Universal*, miembro de la Sociedad Científica, Artística y Literaria *El Porvenir*, y socio de la Sociedad Literaria La Concordia; Benito

Castro (pintor), uno de los fundadores de *La Social*, miembro de la fraternal de carpinteros, colaborador en *El Socialista* y *El Hijo del Trabajo* y quien, en 1875, impartió clases de Dibujo Lineal para niños y Derecho Constitucional para adultos en el edificio de San Pedro y San Pablo, y por último Ricardo Benvenuto Velatti (carpintero), que colaboró en la redacción de artículos para periódicos como *El Socialista*, *El Hijo del Trabajo* y *El Obrero Internacional* (García 1986, 415). Todos ellos formaron parte del GCOM (1872).

El estudio de los integrantes de la Sociedad Artístico Industrial permite observar un proceso más amplio: la transformación de las organizaciones artesanales en la segunda mitad del siglo XIX. La composición social de la SAI muestra que estas asociaciones dejaron de ser corporaciones cerradas, organizadas exclusivamente por oficio, para convertirse en espacios más amplios de sociabilidad que incorporaron a artesanos, impresores, intelectuales, funcionarios públicos y políticos liberales. Esta diversidad social evidencia que las asociaciones artesanales del periodo transitaron entre el socorro mutuo, la educación de sus pares, la representación pública, la intervención política indirecta y la construcción de redes de apoyo con

<sup>4</sup> La prensa señaló que Silvestre Olguín sostuvo una escuela, por ser infatigable en el cumplimiento de sus deberes y por ayudar a uno que otro vecino con sus propios recursos; además, formó el embanquetado de la plazuela de Juan Carbonero (*El Nivel. Periódico Político, de Ciencias, Literatura, Teatros y Avisos* 1875a, 4).

sectores del gobierno y de la esfera pública letrada.

Esto pone a discusión el hecho de que, entre el artesanado capitalino, hubo un grupo intermedio que se distinguió socialmente del resto de artesanos que vivían en la Ciudad de México (Orduña 2024). Probablemente, en su distinción intervino el oficio, aunque considero que fueron claves también las vinculaciones con los poderes públicos y los cargos que ocuparon en las administraciones liberales, que se fueron sucediendo en la Ciudad de México en la década de 1870.

En este sentido, la estructura de la SAI permite observar la mutación de las sociedades artesanales hacia formas organizativas más complejas, que combinaron elementos mutualistas, educativos, políticos y culturales. Coincido con Miguel Orduña Carson (2024, 120-123) respecto de que la SAI adquirió un perfil más político; uno que fue muy criticado en la prensa mutualista por aquellos años y que parece haber causado diversos enfrentamientos entre

sus integrantes a lo largo de la vida de la organización.<sup>5</sup> Pero no se puede discutir que este perfil resultó beneficiar a la Sociedad, al recibir subvenciones del gobierno federal y del ayuntamiento para la realización de sus actividades y una sede ubicada en la zona céntrica de la ciudad. No es accidental que los principales cargos directivos de la Sociedad Artística, como presidente y vicepresidente, hayan sido ocupados por personajes de reconocida influencia dentro del gobierno federal y en el ayuntamiento capitalino por esa época.

#### **EL COLEGIO DE SAN GREGORIO: SEDE DE LA SAI Y TEMPLO PARA LOS OFICIOS**

La obtención de un edificio propio fue un elemento fundamental para la consolidación de las asociaciones artesanales del siglo XIX. Como han señalado diversos estudios sobre sociabilidad obrera y mutualismo, la posesión de una sede no sólo representaba un espacio físico para reuniones, sino un lugar de sociabilidad, educación, organización del trabajo y construcción de identidad colectiva

<sup>5</sup> Probablemente el enfrentamiento más señalado entre los historiadores que se ocupan de estudiar a la SAI es el que experimentaron tras el regreso de Epifanio Romero a la Ciudad de México en 1867. Como se ha apuntado, en 1868, al interior de la asociación, se formaron dos grupos que buscaron hacerse del poder de la organización y llevarla por caminos distintos. El primero de ellos, integrado por Epifanio Romero y Juan Cano, buscó el apoyo político y financiero del gobierno liberal. El segundo, integrado por los llamados socialistas Santiago Villanueva y Hermenegildo Villavicencio, rechazó la protección del entonces presidente Benito Juárez en la organización de la clase trabajadora. Sus diferencias causan la escisión entre los pocos elementos que se agrupaban en ella. Según José C. Valadés (1984, 42-43), Epifanio Romero y Juan Cano salen de la SAI para formar una nueva asociación bajo el nombre de Conservatorio Artístico Industrial.

(Agulhon 1992). En Europa y América Latina, las asociaciones de trabajadores buscaron constantemente establecer escuelas, bibliotecas, talleres y espacios de reunión en sus sedes, pues estos lugares funcionaban como centros de formación moral, técnica y política de los trabajadores (Sewell Jr. 1992). En este sentido, el antiguo colegio de San Gregorio no sólo fue la sede de la Sociedad Artístico Industrial, sino un espacio de sociabilidad artesanal, de aprendizaje del oficio y de producción editorial, que permitió la consolidación institucional de la asociación durante la década de 1870.

El antiguo colegio de San Gregorio se ubicó en la calle de San Pedro y San Pablo, es decir, al noroeste de la Catedral y del Portal de las Flores, dentro de las manzanas que concentraron una significativa población trabajadora que se ocupó, como carpinteros, sastres, panaderos, ebanistas, zapateros, albañiles, impresores y cerrajeros (AHCM 1873). Este edificio era un colegio jesuita destinado a la educación de los indígenas. Tras la desamortización y la nacionalización de los bienes eclesiásticos

(1856), pasó a manos del gobierno y, en 1868, a solicitud de un grupo de artesanos, Benito Juárez le concedió el lugar a la Sociedad Artístico Industrial (AHCM 1869d).

Para 1869, la SAI se había instalado oficialmente en el colegio y se preparaba para celebrar su primer aniversario en ese edificio; aunque el mantenimiento del lugar representaba para la organización un gasto que sus miembros no siempre pudieron pagar holgadamente.<sup>6</sup> En este caso, la solidaridad entre sus integrantes y el apoyo gubernamental fueron claves para conservar el bien material que se les había sido concedido. Se sabe que Rafael García, tesorero de la sociedad en 1874, apadrinó la compostura del salón de sesiones (*El Obrero Internacional* 1874b, 3). Por los cortes de caja publicados en la prensa mutualista, se conoce que la Sociedad Artística recibió del gobierno federal doscientos pesos mensuales para el mantenimiento del edificio. Subvención que, al parecer, perdió en 1874, cuando la tesorería pidió al entonces tesorero de la asociación, Marcelino Delgado, comprobar algunas cifras del año fiscal de 1872-1873.<sup>7</sup>

<sup>6</sup> Maurice Agulhon (1992) refiere que: “no hay asociación, ya sea informal (simple reunión de habituales) o formal (con estatutos y reglas escritas), sin que exista un lugar de reunión estable. Este lugar es un bien material, un capital. Para el rico, la dificultad no es, pues, grande. La sociabilidad informal de la vida de salón se desarrolla en los salones, precisamente de los grandes pisos aristocráticos o burgueses. La sociabilidad formal del círculo de hombres se desarrolla en un local alquilado o comprado a expensas del fondo común, pero son gastos que se pueden soportar holgadamente. El obrero por su parte es muy pobre y está estrechamente alojado” (147).

<sup>7</sup> *El Obrero Internacional* (1874a, 2-3) informó que Marcelino Delgado (tesorero) recibió de la tesorería la cifra de \$2 400 para el año fiscal de 1872 a 1873, cantidad que la ley de presupuestos respectiva le había

Por la hemerografía de la época, se sabe que M. Delgado no comprobó las cuentas pendientes de ese periodo a dicho departamento. La SAI no perdió su partida presupuestal, pero sí disminuyó la cantidad que le otorgaban: pasaron de doscientos a sesenta pesos aproximadamente (*El Obrero Internacional* 1874c, 2). Por otra parte, el Ayuntamiento de la Ciudad de México le asignó a la misma asociación una subvención por cincuenta pesos, primero, y por veinte pesos mensuales después, para el sostén de la escuela para niñas que había fundado en su sede en 1869 (AHCM 1869a).<sup>8</sup>

Si bien la historia de la Sociedad Artística todavía se halla dispersa en breves menciones sobre su existencia y su fecha fundacional, permanece todavía sin precisarse (Sosenski 2007, 73). Con base en la evidencia empírica, se puede argumentar que los años de 1868 y 1869 fueron momentos clave para la

consolidación institucional de esa organización. Para entonces, la SAI ya tenía en sus manos un bien material que era una de las aspiraciones más caras para las asociaciones artesanales en el siglo XIX (Agulhon 1992, 147) y, seguramente con su posesión, marcó la distinción entre los sectores artesanales, al poder realizar sus actividades encaminadas hacia el ámbito educativo, primero, y —como se intentará demostrar— al fortalecimiento de vínculos políticos, después.

Hacia 1869, en los salones del colegio de San Gregorio, ya se habían instalado los talleres de encuadernación, grabado y tipografía dirigidos a niños y jóvenes (mujeres y hombres). Para el 6 de febrero de 1870, la sociedad abrió un taller de tipografía para las niñas y señoritas que se educaban en ese establecimiento. Tal como lo demuestra el semanario *Lecturas para el Pueblo* (1870), la inauguración de ese taller fue de tal importancia que al evento

asignado a la asociación para sus necesidades. Terminado el año, M. Delgado sólo rindió cuenta comprobada por el valor de \$2 154 1 c.s., dejando sin justificar \$245.99 c.s. En el siguiente año fiscal, no obstante tener pendiente la comprobación de la suma anterior, se le siguieron abonando los \$200 mensuales que le correspondían desde julio de 1873 hasta la primera quincena de febrero de ese año, que importaron \$1 500. La tesorería, por el decreto del 18 de noviembre de 1873, sobre la rendición de las cuentas en los primeros 15 días de cada mes, según lo dispuesto en el artículo 6º, suspendió el abono y pidió a la sociedad las cuentas de las cantidades pendientes de distribución. Entonces, Marcelino Delgado presentó una cuenta por valor de \$856,69 c.s., que, examinada por esa oficina, le fue devuelta por carecer de varios requisitos indispensables para su admisión. Se informó de esto al presidente de la asociación el 24 de junio, pero no dio contestación.

<sup>8</sup> “Proposición para que se conceda una subvención de \$20.00 mensuales a la Asociación Artística Industrial Balderas López y Villanueva. En las actas del Ayuntamiento se notificaron dos subvenciones otorgadas a la Asociación Artístico Industrial Balderas, López y Villanueva. Una con fecha del 1 de mayo de 1869, se dio cuenta de la disposición para que la administración de rentas bonifique a la Asociación Artística Industrial Balderas, López y Villanueva 50 pesos para los gastos en el establecimiento de una escuela primaria para niñas. Otra, el 23 de julio del mismo año, una subvención por 20 pesos mensuales para el apoyo a la escuela que formó y que cuenta con más de 80 niños” (AHCM 1869b; 1869c).

asistieron Benito Juárez junto con Ignacio M. Altamirano, Alfredo Bablot, Ignacio Mariscal, José María Iglesias y Luis F. Muñoz Ledo, entonces presidente de la SAI.<sup>9</sup> La asistencia de estos personajes políticos liberales refleja el tipo de vinculaciones que tejía la organización por esos años, a pesar de que, como asociaciones civiles, éstas tenían prohibido tratar asuntos políticos que causaran la división entre sus miembros.

Probablemente la Sociedad se permitió tener tratos con algunos políticos liberales porque convenía contar con el apoyo político y financiero de dicho gobierno. Mientras tanto, éste brindó apoyo a esta clase de organizaciones porque las consideraba capaces de fomentar la moralización, el disciplinamiento y el bienestar de los sectores artesanales (Teitelbaum y Gutiérrez 2006, 128); lo que hace pensar que los trabajadores, incluidos los artesanos, y el nuevo Estado (liberal) no siempre estuvieron en pugna, sino que entre ellos hubo coincidencias, acuerdos y colaboraciones en las que ambas partes se beneficiaban.

Un fragmento del discurso pronunciado en la inauguración de dicho taller da cuenta de la importancia social que tuvo la enseñanza del oficio y el trabajo entre

la sociedad mexicana de aquella época, que son dos ejes fundamentales del discurso liberal de entonces:

tomó la palabra [Benito Juárez] para hablar en familia a los artesanos como a sus hijos, y nuestros ojos se han llenado de lágrimas al escuchar de los labios de ese modesto patriota consejos saludables y sencillos, todos encaminados a enaltecer el trabajo de la mujer, digno de apoyo por su debilidad, defendiéndole de la deshonra y la miseria.

Dijo sentirse conmovido y verdaderamente satisfecho, al ver los progresos de su asociación y sus tendencias al desarrollo de los conocimientos útiles, para lo cual es un agente poderoso la tipografía; que esperaba que la constancia y aplicación de los artesanos los hiciese dignos siempre de ocupar los primeros puestos y regir quizá los destinos de la nación, porque la mayor parte de los hombres ilustres han salido del pueblo. (*Lecturas para el Pueblo* 1870a, 4).

Por otro lado, estas palabras reflejan las emociones que la presencia de Benito Juárez en 1870 causó entre los artesanos reunidos en los salones de la Sociedad Artística. Se percibe una mezcla de alegría y esperanza por ese modesto patriota que les habló como un padre a sus hijos. Quizá por esta carga simbólica Benito

<sup>9</sup> Ignacio Mariscal fue consultor jurídico de la legación mexicana. Tras el triunfo de la República, y con su experiencia en materia legal, el presidente Benito Juárez lo nombró secretario de Justicia e Instrucción Pública (1869). En 1871, era secretario de Relaciones Exteriores y en 1873, fue nombrado ministro de México ante el gobierno en Washington, D.C. En 1867, José María Iglesias era ministro de Hacienda y en septiembre de 1868, Juárez lo nombró ministro de Gobernación y, el siguiente año, ministro de Justicia e Instrucción Pública. En 1873, José María Iglesias contendió como candidato para la presidencia de la República y venció a Vicente Riva Palacio y a Porfirio Díaz. Durante su gestión, redactó un opúsculo titulado *Estudio constitucional sobre facultades de la Corte de Justicia* (1874).

Juárez y sus acompañantes le donaron a la SAI la cantidad de 579 pesos con 94 centavos para la compra de la prensa con todos sus accesorios (*Lecturas para el Pueblo*, 1870).

Otro elemento que llama la atención de la apertura del taller de tipografía de la SAI es la propuesta de extender la enseñanza de los oficios a las manos femeninas y no dejarlas sólo en las masculinas, que eran regularmente las que transmitían el oficio dentro de los talleres y en las manufacturas del siglo XIX. Aunque estos conocimientos siguieron limitados sólo a las alumnas de la SAI, la enseñanza brindada en ese establecimiento logró llevarse de la teoría a la práctica. Por *El Obrero del Porvenir. Semanario para la niñez desvalida* (1870, 73-74), se sabe que las niñas y jóvenes de ese taller se encargaron de la manufactura de ese pequeño periodiquito, como se le definió por aquella época, tras la renuncia del director de la imprenta, Diego Guzmán. Entonces, la SAI no solo fundó talleres; también daba trabajo a sus alumnas.

Desconozco el tiempo que las aprendices de tipografía estuvieron a cargo de dicho semanario, pero debió ser por una breve época, porque el taller de imprenta no logró mantenerse por mucho tiempo. Incluso la SAI llegó a reconocer que su imprenta era muy pequeña y se componía únicamente de una prensa, unos cuantos quintales de letra y los últimos indispensables, por lo que había

tenido que revisar varias publicaciones de importancia por la imposibilidad de ejecutarlas (*Lecturas para el Pueblo*, 1870). Aun así, la Sociedad tenía una gran esperanza en el funcionamiento de ese espacio para educar a las niñas, por lo que se propuso la publicación del periódico *Lecturas para el Pueblo*, que tendría un costo de cinco centavos, con la finalidad de obtener más recursos para sus objetivos educativos. Desafortunadamente, este periódico tuvo una vida muy corta y dejó de circular en menos de un año.

En general, las publicaciones de la Sociedad Artística no superaron el año de vida. Si bien esto da pie para pensar que la producción editorial de esta organización es efímera, vale la pena ver los títulos que imprimió en su pequeña imprenta. Entre 1870 y 1876, la SAI imprimió diez semanarios; cuatro de ellos le sirvieron como órganos de prensa, además de la publicación que elaboró en conjunto con la Compañía Lancasteriana, en la que difundió temas educativos y moralizadores para los desvalidos de la capital —adultos y niños— y divulgó principios liberales.

Entre las publicaciones restantes, se encontraron semanarios que pertenecían a la misma compañía, publicaciones literarias y algunos periódicos destinados a la defensa de los indígenas, artesanos, obreros, campesinos y gente pobre de la República; entre ellos, está el periódico *El Hijo del Pueblo* (ver tabla 1).

Es difícil precisar la fecha exacta en que la Sociedad Artístico Industrial dejó de funcionar. Sin embargo, hacia 1876, por decreto presidencial, la organización perdió el colegio de San Gregorio, que fue entregado al GCOM. Aunque logró conservar sus talleres y escuelas, la SAI había perdido la importancia social que ostentó durante los años de la República Restaurada (1867-1876). Por un documento enviado al ayuntamiento de la ciudad en 1878, tenemos noticia de que la SAI persistió hasta esa fecha y que sus integrantes, para entonces veintinueve personas aproximadamente, seguían ocupándose de las cuestiones educativas (AHCM 1878).<sup>10</sup>

## REFLEXIONES FINALES

El estudio de caso de la Asociación Artístico Industrial Balderas López y Villanueva permite observar los ritmos y las tensiones que acompañaron la reorganización del mundo artesanal en la Ciudad de México durante el siglo XIX. Su experiencia es un testimonio privilegiado para analizar la transición que vivieron sus organizaciones, al pasar de los gremios a la asociación de tipo moderna y de carácter mutualista y cooperativista, que se consolidó en el último tercio de ese siglo. Su trayectoria evidencia que este tránsito no fue lineal ni homogéneo, sino el resultado de adaptaciones paulatinas, negociaciones políticas y redefiniciones internas del artesanado urbano.

Como se ha mostrado a lo largo del artículo, la SAI puede entenderse también como una figura de transición entre el gremio y la asociación moderna del último tercio del siglo XIX. Aunque asumió principios propios del mutualismo liberal — unión libre, elección de sus miembros, creación de un fondo común para socorros y prohibición de la actividad política y religiosa —, en la práctica, este tipo de asociación mantuvo continuidades significativas de su experiencia corporativa previa; sobre todo, los artesanos continuaron moviéndose de forma colectiva y mantuvieron la centralidad del oficio para la unión y la identificación de sus intereses, además de una distinción jerárquica implícita entre sus miembros y una constante interlocución con las autoridades gubernamentales. La experiencia de la SAI obliga, por tanto, a repensar en las narrativas historiográficas que hasta ahora han planteado un paso continuo entre gremios y mutualismo, e invita a pensar estos procesos como transiciones complejas, atravesadas por momentos de tensión y de negociaciones constantes, y el aprovechamiento de oportunidades abiertas por la ley y los poderes públicos.

Asimismo, el análisis de los integrantes de la SAI permite cuestionar una imagen homogénea del artesanado capitalino. Como se ha demostrado en el texto, esta sociedad estuvo conformada, mayormente, por una élite artesanal alfabetizada, con

<sup>10</sup> Se desconoce qué sucedió después con ella (AHCM 1878).

experiencia en la imprenta, capacidad discursiva y vínculos estrechos con el poder político. La presencia de socios protectores — intelectuales y funcionarios liberales estimados en la esfera pública— y la ocupación de cargos directivos por personajes vinculados al ayuntamiento y al gobierno federal dotaron a la asociación de un perfil político evidente, aunque formalmente negado en sus estatutos. Este rasgo no sólo generó tensiones internas y críticas desde otros sectores del mutualismo, sino que también permitió a la SAI acceder a recursos materiales y simbólicos indispensables para su consolidación, como subvenciones locales y federales; sobre todo, a la donación de un edificio ubicado en una zona privilegiada de la ciudad.

En este sentido, el antiguo colegio de San Gregorio —transformado en sede de la SAI para 1870— tiene en sí mismo un gran valor histórico que hace falta resaltar. El edificio pasó de ser un inmueble expropiado al clero a un espacio de sociabilidad artesanal y un “templo para los oficios”. En sus salones, se realizaron prácticas educativas, productivas y asociativas que articularon trabajo, instrucción y moralización, tres ejes fundamentales del discurso liberal con los que se pretendía transformar a los sectores populares; entre ellos, el artesanado. La instalación de talleres de tipografía, grabado y encuadernación, así como la apertura de espacios educativos para niños, jóvenes y mujeres muestran que la SAI no se limitó a ofrecer socorros

mutuos, sino que buscó intervenir activamente en la formación técnica y moral de sus miembros y en la transformación de su entorno social.

Resulta relevante la incorporación de mujeres y niñas a la enseñanza tipográfica, un aspecto poco explorado en la historiografía social del trabajo del siglo XIX. Aunque esta experiencia fue limitada y dependió siempre de apoyos externos, revela una ampliación — aunque controlada— del horizonte laboral femenino, que trascendía los límites masculinos del taller tradicional. Este elemento abre nuevas líneas de investigación sobre la historia del trabajo desde una perspectiva de interseccionalidad que cruce género, trabajo y mutualismo, para comprender la diversidad de experiencias del mundo del trabajo para el caso mexicano.

Finalmente, el análisis de la producción editorial de la SAI, por muy efímera que sea, permite observar la importancia que tuvo la palabra impresa como espacio de sociabilidad, legitimación y proyección pública. Los periódicos y semanarios producidos en su imprenta funcionaron como espacios de expresión del mutualismo, y para la defensa de la clase trabajadora y la difusión de valores asociados al trabajo, la educación y la moral. En tal sentido, las publicaciones producidas por las mutuales constituyen una fuente invaluable para rastrear los lenguajes, las aspiraciones y los conflictos del artesanado organizado en la década de 1870.

Publicación	Año	Costo
<i>Lecturas para el Pueblo</i> <sup>11</sup>	1870 (feb-agos.)	Cinco centavos (núm. suelto) <sup>12</sup>
<i>El Obrero del Porvenir. Semanario para la niñez desvalida</i>	1870 (jun-dic.)	Gratuito
<i>El Pensamiento. Periódico semanal con alegorías y retratos de escritores mexicanos</i>	1872 (dic.)	Medio real (núm. suelto)
<i>El Eco de las Artes. Periódico semanal, órgano de la Sociedad de Constructores Prácticos</i>	1872-1873	Cuatro centavos (núm. suelto)
<i>El Nivel. Periódico Político, de Ciencias, Literatura, Teatros y Avisos</i>	1875-1876	Seis centavos (núm. suelto)
<i>El Obrero Internacional. Semanario Popular destinado a la defensa de las clases trabajadoras de la República</i>	1874 (agos-dic.)	Seis centavos (núm. suelto)
<i>La Comuna. Periódico bisemanal dedicado a la defensa de los principios radicales y órgano oficial del proletariado en México</i>	1874 (jun-sep.)	Tres centavos (núm. suelto)
<i>La Justicia. Semanario dedicado a la defensa de los indígenas, artesanos, obreros, campesinos y gente pobre de la República.</i>	1875 (feb)	
<i>El Hijo del trabajo. Periódico destinado a la defensa de la clase obrera, y propagador de las doctrinas socialistas de México.</i>	1876 (jul)	

**Tabla 1.** Periódicos y semanarios impresos por la SAI, 1870-1876

**Fuente:** elaboración propia a partir de los recursos hemerográficos de la Hemeroteca Nacional Digital de México (HNDM).

<sup>11</sup> Además de los títulos *Lecturas para el Pueblo* (1870) y *El Obrero Internacional* (1874), también sirvieron como órganos de información de la Sociedad Artístico Industrial los periódicos *El Artífice* (1873) y *El Obrero de Tacubaya* (1874), publicaciones que no se consultaron para este artículo. Se conoce su existencia, pero no se han localizado físicamente.

<sup>12</sup> *Lecturas para el pueblo* (1870b).

## REFERENCIAS

### HEMEROGRAFÍA

*El Ferrocarril*. 1868. “La Sociedad de Artesanos”, núm. 30, 14 de enero: 2.

*Lecturas para el Pueblo*. 1870a. 13 de febrero: 4.

*Lecturas para el Pueblo*. 1870b. “Educación de la mujer asociación Balderas representación en el congreso”, 29 de mayo.

*El Nivel. Periódico Político, de Ciencias, Literatura, Teatros y Avisos*. 1875a. “D. Silvestre Olguín”, núm. 4, t. 1, 29 de julio: 4.

*El Nivel. Periódico Político, de Ciencias, Literatura, Teatros y Avisos*. 1875b. “El círculo de obreros”. Tomo 1, núm. 15, 9 de septiembre: 2.

*El Obrero. Órgano Oficial de la Sociedad Mutua del Ramo de Sombrerería*. 1872. Núm. 3, 3 de octubre: 3.

*El Obrero del Porvenir. Semanario para la niñez desvalida*. 1870. “La Asociación Artístico Industrial y Nuestro Periódico”, núm. 19, 29 de octubre: 73-74.

*El Obrero Internacional*. 1874a. “Sección Oficial”, núm. 2, 7 de septiembre: 2-3.

*El Obrero Internacional*. 1874b. “Aniversario”, núm. 8, 20 de octubre: 3.

*El Obrero Internacional*. 1874c. “Tesorería de la Asociación”, núm. 11, 10 de noviembre: 2.

*El Obrero Internacional*. 1874d. “Los gremios y el cuerpo legislativo”, núm. 12, 17 de noviembre: 2-3.

*Semanario Artístico para la educación y fomento de los artesanos de la República*. 1844, 2 de septiembre, 7.

*El Socialista*. 1872. “Rasgos biográficos de artesanos mexicanos. Juan Cano”, núm. 10, 25 de agosto: 1-2.

### ARCHIVOS

Archivo Histórico de la Ciudad de México (AHCM). 1868. Alumbrado, vol. 351, exp. 228.

AHCM. 1869a. Alumbrado, vol. 351, exp. 241, f. 7.

AHCM. 1869b. Índice de las Actas de Cabildo, 1825-1871, tomo: 195A-196A. 1869, 1 de mayo, ESCUELAS (donativo para).

AHCM. 1869c. Índice de las Actas de Cabildo, 1825-1871, tomo: 195A-196A. 1869, 23 de julio, EDUCACIÓN (subvención).

AHCM, 1869d. Índice de las Actas de Cabildo, 1825-1871, tomo: 195A-196A, 5 de octubre, Sociedad Artística Industrial (aniversario).

AHCM. 1873. Padrones. Municipalidad de México, 1842- 1866: vol. 3416.

AHCM. 1878. Alumbrado, vol. 353, exp. 470, f. 25.

### BIBLIOGRAFÍA

Agulhon, Maurice. 1992. “Clase obrera y sociabilidad antes de 1848”. *Historia social*, núm. 12: 141-166.

- Amaro Peñaflores, René y Judith Alejandra Rivas Hernández. 2015. *De los procesos de consolidación y ruptura de las mutualistas a los primeros sindicatos en Zacatecas (1870-1926)*. Zacatecas: Universidad Autónoma de Zacatecas/Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología/Sindicato del Personal Académico de la UAZ/Zezen Baltza Editores.
- Bracho, Julio. 1990. *De los gremios al sindicalismo. Genealogía corporativa*. México: Universidad Nacional Autónoma de México.
- Illades, Carlos. 1996. *Hacia la república del trabajo. La organización artesanal en la Ciudad de México, 1853-1876*. México: El Colegio de México/Universidad Autónoma Metropolitana, Iztapalapa.
- Hart, John Mason. 1980. *El anarquismo y la clase obrera mexicana, 1860-1931*. México: Siglo XXI.
- García Cantú, Gastón. 1986. *El socialismo en México. Siglo XIX*. México: Era.
- Orduña Carson, Miguel. 2024. *La fiesta de la República. Cultura política en tiempos de Juárez (Ciudad de México, siglo XIX)*. México: Grano de Sal.
- Pérez Toledo, Sonia. 2005. *Los hijos del trabajo. Los artesanos de la Ciudad de México, 1780-1853*. México: El Colegio de México/Universidad Autónoma Metropolitana, Iztapalapa.
- Pérez Toledo, Sonia. 2011. *Trabajadores, espacio urbano y sociabilidad en la ciudad de México, 1790-1867*. México: Universidad Autónoma Metropolitana, Iztapalapa/Miguel Ángel Porrúa.
- Sewell Jr., William H. 1992. *Trabajo y revolución en Francia. El lenguaje del movimiento obrero desde el Antiguo Régimen hasta 1848*. Traducción de Enrique Gavilán. Madrid: Taurus.
- Sosenski, Susana. 2007. “El Obrero del Porvenir. Una publicación de la Sociedad Artística Industrial, 1870”. *Estudios Sociales. Revista Cuatrimestral del Instituto de Estudios Sociales*, Nueva Época, núm. 1, julio: 71-102.
- Teitelbaum, Vanesa E. 2011. “El mutualismo en el mundo del trabajo (Tucumán, Argentina, 1877-1914)”. *Varia Historia*, 27, núm. 46, julio-diciembre: 665-688.
- Teitelbaum, Vanesa E. 2013. “Asociación y protesta de los artesanos al despuntar la década de 1860”. En *Los trabajadores de la ciudad de México, 1860-1950. Textos en homenaje a Clara E. Lida*, Carlos Illades y Mario Barbosa Cruz (coords.), 51-80. México: El Colegio de México/Universidad Autónoma Metropolitana, Cuajimalpa.
- Teitelbaum, Vanesa E. y Florencia Gutiérrez. 2006. “Sociedad de artesanos y poder público. Ciudad de México, segunda mitad del siglo XIX”. *Estudios de Historia Moderna y Contemporánea de México*, núm. 36, julio-diciembre: 127-158. <https://doi.org/10.22201/iuh.24485004e.2008.036.3192>.
- Valadés, José C. 1984. *El socialismo libertario mexicano (siglo XIX)*. Prólogo y recopilación de Paco Ignacio Taibo II. Culiacán: Universidad Autónoma de Sinaloa.